

2.4. TIEMPO PASCUAL

El Tiempo Pascual se inicia en la solemne Vigilia Pascual, celebrando el Domingo de Pascua. Este es el día más importante del año, y la celebración principal en la Iglesia. Toda la vida litúrgica está centrada en esta Fiesta, y a partir de este centro se fijan las otras celebraciones durante el año.

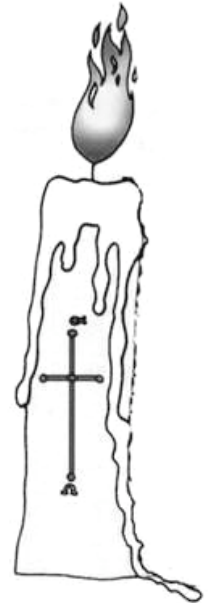
- *Vigilia Pascual*

Llega la noche...la vigilia pascual, velada de oración; se abre la esperanza de un nuevo mundo, esta noche sagrada se prepara para recibir el alba del nuevo día, del nuevo sol, de la nueva vida. Es una noche feliz. La noche Santa por excelencia.

La Iglesia pretende que, en esta noche de la Resurrección, el pueblo cristiano pase una "Santa Vigilia", que celebra el paso de las tinieblas del pecado a la Luz de la gracia. Desde los tiempos más antiguos, esta noche es "una vigilia en honor del Señor" (Éxodo 12, 42). Está ordenada de tal manera que, según la recomendación del Evangelio (Lc 12, 35 ss.), los fieles, teniendo en mano sus lámparas encendidas, sean semejantes a hombres que esperan a su amo, a fin de que, a su "vuelta", los encuentre vigilando y los haga sentar a su mesa.

La celebración litúrgica comienza en la iglesia a oscuras: las tinieblas de estar sin Jesús, privados de la esperanza en Dios.

Se hace fuego fuera del templo y en él se enciende una sola vela, el gran cirio pascual, símbolo del Señor cuya luz ilumina la noche del hombre. Con esta llama los fieles van encendiendo sus propias velas. El ámbito se convierte en un mar de luces. Cada uno tiene en la mano el signo de lo que en su interior se produce: luz pura, no por sí mismo, sino por Jesús.



Este mismo día, Jesús resucitado se aparece delante de algunos de sus discípulos. "Vayan y avisen a los demás que he resucitado". De uno a otro, empezó a circular el anuncio feliz de la resurrección. De la resurrección depende la fe. Cristo ha vencido a la muerte!, es la luz del hombre nuevo, que nace a la vida nueva para mostrar el camino. Es el fuego que trae calor y luz a la vida del creyente. Es el nuevo sol que disipa las tinieblas de una vida sin sentido. Él es Uno con el Padre. Es la verdad. La vida, el Amor!.

Por esta razón, después de un rito de acción de gracias por la luz (que constituye la primera parte de la Vigilia), la santa Iglesia prolonga su vigilia meditando las maravillas que, desde los orígenes, el Señor ha realizado por su pueblo, confiada en su Palabra y en su promesa (segunda parte o liturgia de la Palabra), hasta que, próxima el alba de la resurrección, junto con los nuevos miembros que le han nacido en el bautismo (tercera parte) sea invitada al banquete que el Señor le ha preparado por su muerte y resurrección (cuarta parte).

- *Domingo de Resurrección*

Es el día de mayor Gloria en el año. Es el día en que Jesús ha resucitado y ha vencido a la muerte, para darnos Vida.

Antes de la muerte de Jesús, el cielo estaba cerrado, nadie podía llegar a él. Dios lo había cerrado y expulsado del paraíso a Adán y Eva, pero les prometió que enviaría a un Salvador.

Todos esperaban a ese Mesías prometido, pero al venir al mundo, no lo reconocieron. El viernes santo Jesús fue condenado a morir en la cruz. Era necesario que el Mesías padeciera para que todos nuestros pecados pudieran ser perdonados.

Ahora, nosotros debemos estar inmensamente felices: Gracias al pecado de nuestros primeros padres, Dios nos envió a tan grande Redentor, a su propio Hijo. Gracias a que Jesús murió y Resucitó por nosotros, podemos llegar al cielo y contemplar el rostro de Dios eternamente.

Jesús ha resucitado y ha vencido a la muerte. Quiso quedarse en medio nuestro y nos dejó la Eucaristía, el Sacramento de nuestra Fe, la celebración de la Vida. Transmitamos esta Feliz noticia... no dejemos de dar a conocer el inmenso amor que Dios nos tiene y de anunciar a Jesús, que vive en medio nuestro.

¡Alegría! La Pascua invita a esta disposición de ánimo, para ello requiere gran desprendimiento de uno mismo y fe sólida. Es la más pura alegría... "si en alguna parte del mundo hay alegría, es en el corazón puro. Seamos como Él, semilla de vida y felicidad para otros y seremos testigos de su resurrección todos los días.

Los Evangelios relatan modesta y sencillamente la mañana del Domingo, donde las mujeres que fueron al sepulcro alcanzan a ver un "joven" vestido de blanco, el color de la santidad de Dios. El sepulcro está vacío... Jesús, "¡ha resucitado!", ¡el Señor Vive!

Este día, anunció la vida, cuando se aguardaba la confirmación de la muerte. Apariciones visibles, signos de su presencia invisible; unión por la fe que reconoce esta presencia de Jesús. Es la fiesta más importante de la comunidad cristiana. Resurrección de Cristo y resurrección de los fieles a una nueva vida, fiesta del hombre nuevo.

Todo domingo es conmemoración de la Resurrección del Señor, pero el día en que el Señor Resucitó es el centro y cumbre de la vida cristiana. El Domingo de Pascua hizo domingo a todos los domingos.

El sentido de los Huevos de Pascua:

En muchos países es tradicional la costumbre de festejar la Pascua con huevos; esa tradición existe en muchos pueblos cristianos; parece tener un origen simbólico que partiría de la Iglesia primitiva, relacionando la resurrección del Señor, con la salida del pollito del cascarón, el nacimiento de un nuevo ser de la oscuridad a la luz.

Entre la gente de la época, el huevo se veía como símbolo místico del origen de los seres y del mundo. Los primitivos católicos, en Pascua, ofrecían estos huevos a los clérigos, para que a su vez los repartieran entre las personas de su familia.

En la Edad Moderna se ha introducido tanto en los Católicos como entre Protestantes, la costumbre de pintar de varios colores los huevos de Pascua, adornados con gran lujo y hacer con ellos objetos de pastelería que sirven de regalo. En algunas regiones es el regalo que los padrinos hacen a sus ahijados.

En China, muchos siglos antes, se celebraba la fiesta de la renovación de la naturaleza por el calor de la primavera. Se preparaban huevos cocidos o huevos duros, los cuales se pintaban también y eran objetos de regalo entre parientes y amistades. Esto se realizaba ya en el año 1000 A.C.

Hemos de esperar, que hoy en día, podamos darle el verdadero sentido a estos 'huevoitos' de chocolate: ¡Alegría, regalos, golosinas!... todo para mostrarnos unos a otros la ALEGRÍA inmensa de que Jesucristo haya vencido a la muerte y nos haya dado verdadera vida... y vida en abundancia.



- *Tiempo Pascual*

Nuestra Iglesia, desde el día Glorioso de la Resurrección comienza a vivir el “Tiempo Pascual”, tiempo en el cual se nos invita a la alegría de la Resurrección.

Durante esos días queremos ‘empaparnos’ del Amor de Dios, que todos sepan que el Señor ha Resucitado, y ha vencido la muerte para darnos verdadera Vida.

La Fiesta de Pascua no es flor de un día. La celebramos durante cincuenta días, es decir, durante ocho Domingos: “Los cincuenta días después de Pascua se prolongan como un solo día de fiesta, un gran Domingo” (Misal. Nuevo calendario N° 22).

Pero durante el tiempo pascual no celebramos sólo que Jesús Resucitó. Celebramos mucho más: que Jesús vive para siempre en la gloria del Padre y que vive – gracias a su Espíritu – entre nosotros.

Las principales fiestas de este tiempo son la Ascensión y Pentecostés.

Es lo que Jesús resucitado dijo a sus discípulos: “Recibid el Espíritu Santo”. El Espíritu, luz y fuerza de Dios, es quien hace posible que continúe vivo Jesús entre nosotros. Vivo y comunicativo en la misa, en los sacramentos, en su Palabra, en el amor de cada día, en la esperanza que nos impulsa a construir su Reino entre los hombres y mujeres, ahora y aquí.

Por eso el tiempo de Pascua es el tiempo del Espíritu Santo. No sólo en la fiesta final de Pentecostés, sino todo él. Es tiempo del Espíritu, tiempo del sacramento de la confirmación, tiempo de esperanza.

Diez días antes de Pentecostés, es decir, cuarenta días después de la Resurrección; los católicos celebramos la *Ascensión de Jesús*, es decir, cuando Él sube, por sus propios medios, al cielo, en donde vive y reina para siempre.

La fiesta de la Ascensión del Señor no supone ruptura alguna en la celebración de la Pascua. Es una mirada de creciente admiración hacia el cielo y una apertura de los corazones en la espera del Espíritu.

Cincuenta días después de haber comido la Pascua, el pueblo celebraba, en el día de *Pentecostés* (palabra que en griego significa cincuenta), la ‘fiesta de las semanas’, que señalaba el comienzo de la cosecha de trigo, y a la cual, por el tiempo de Jesús, se había asociado el recuerdo de la promulgación de la Ley sobre el Sinaí.

Fue el día de Pentecostés cuando Jesús envió al Espíritu Santo sobre sus discípulos, según la promesa que les había hecho (Hch 2). Muy pronto los cristianos celebraron los cincuenta días que separan la Resurrección de Pentecostés con gozo y alegría, como si fuera un solo día de fiesta, o mejor, como “un gran Domingo” (San Atanasio). Con la idea de recalcar ese carácter de solemnidad, los Domingos de este tiempo se llaman “Domingos de Pascua”, en la misa de la víspera de Pentecostés recordamos que el Señor “ha querido que la celebración de la Pascua acabase el día de Pentecostés”

La liturgia expresa festivamente la alegría de la Resurrección, en cantos, adornos y signos. El color propio de todo este tiempo es el Blanco.

Además de la presencia del Cirio Pascual, que brilla junto al ambón en todas las celebraciones, la característica principal del tiempo pascual consiste en la repetición del canto del Aleluya (aclamación que quiere decir “Alabad a Dios” y que resuena en el Apocalipsis como himno de los redimidos). Es que los cincuenta días de la celebración pascual son un anticipo de la felicidad del cielo, “del tiempo de gozo que vendrá pronto, del tiempo del descanso, la felicidad y la vida eterna” (San Agustín).

Es fundamental demostrar durante este tiempo una adhesión más profunda y personal a Jesucristo resucitado, por la fe y los sacramentos. No debemos olvidar que somos testigos de la Resurrección por la palabra y por las acciones que realicemos en nuestra vida personal, familiar y social.

Oración al Espíritu Santo

Espíritu Santo, amor eterno del Padre y del Hijo,
te adoro y te doy gracias, te amo y te pido perdón
por las veces que te he ofendido en mí y en mi prójimo.

Dame luz, santidad y espíritu misionero.
Que conozca a Cristo Maestro, asimile su Evangelio
y siga las enseñanzas de su Iglesia.

Que con la Virgen te invoque,
te espere, te reciba y me deje guiar por Ti.
Amén.